

con la temperatura». Efectivamente, así como a determinada temperatura el agua líquida deja de existir como tal para convertirse en vapor o hielo, los seres humanos –verdugos y víctimas– pueden convertirse en personas diferentes al enfrentarse a circunstancias extremas.

Juzgados en el contexto de la sofisticada cultura europea de mediados del siglo XX, Auschwitz y la «solución final» representan el acto más bajo de toda la historia. Pero de la lectura de este libro, tal vez lo más terrible es que nos hace saber que cerca del 85% de los miembros de las SS que trabajaron en el campo y sobrevivieron a la guerra han quedado impunes, que ni se arrepienten ni creen necesario excusarse con la obediencia a las órdenes recibidas y que ello no parece escandalizar hoy a sus conciudadanos. Este libro, con su abundante información de primera mano, pretende ser un despertador de conciencias.

Los errores de Hitler

Si la clausura de Auschwitz ha cumplido 60 años, también 60 son los años del fin de la II Guerra Mundial. Con tal histórico motivo, David Solar ha escrito *La caída de los dioses. Los errores estratégicos de Hitler*.

En junio de 1940, cuando capituló Francia, Hitler había ganado la guerra. Aparte del territorio nacional –las unificadas Alemania y Austria–, dominaba Noruega, Polonia, Checoslovaquia, Holanda, Bélgica y Francia. Era aliado de Italia, tenía relaciones muy amistosas con España, cuyo jefe del Estado, Francisco Franco, le debía la victoria de la Guerra Civil. Se aprestaba a cerrar acuerdos o a ocupar Dinamarca, Rumania, Hungría... Tenía un tratado con Stalin, por el que se había repartido Polonia, y recibía de la URSS todo tipo de materias primas... «Pero Hitler –afirma Solar– no acertó a cortar el cordón umbilical del Reino Unido». El talento político-militar desplegado por Londres hubiera sido insuficiente para mantenerse en pie ante Alemania, de no haberse producido en Berlín un sinnúmero de fallos políticos, diplomáticos, militares e industriales.

Hay errores capitales muy conocidos, sobre todo el ataque a la URSS y la declaración de la guerra a EE.UU. También existen –y en este libro se recogen con detalle– numerosas batallas cuyos deficientes planteamientos condujeron a estrepitosas derrotas: la batalla de Inglaterra, la de Stalingrado, el desvío hacia el sur del golpe dirigido contra Moscú, el feroz desgaste de la Wehrmacht

en Kursk, los errores de Normandía... «Y hay centenares de decisiones erróneas —insiste Solar— imputables, también, a Hitler: operaciones trascendentales, como Félix o Malta, que no emprendió, o campañas imposibles que no debió acometer, África, por ejemplo».

El trabajo que comentamos comienza cuando, derrotada Francia, Hitler había ganado la guerra. A partir de ahí, se profundiza en su mal empleo del tiempo, de los planes, de la colaboración con sus aliados italianos, del fatal manejo de sus relaciones preferentes con Franco. El autor trata a fondo dos campañas de triunfal inicio y desastroso fin: África y Rusia, también dedica interesantes páginas al desplome de Italia, la apertura aliada del frente francés, el fracaso en Rusia, la feroz batalla del Atlántico y, finalmente, la desesperada e inútil resistencia sobre las ruinas del Reich, hasta la muerte en el búnquer. «En esos meses postreros de la guerra —concluye David Solar—, jugando a todo o nada, tratando de vencer en una guerra que ya había perdido dos años antes, causó los mayores males al futuro de Alemania».

Este es un libro crítico sobre lo que pasó y se mueve en las posibilidades que se dieron en la realidad, aunque, de vez en cuando, se permite algún que otro análisis de

lo que pudo ser y no fue, ya que los planes estaban sobre la mesa. El numeroso material utilizado para su realización ha sido variadísimo; las memorias de protagonistas, como Churchill, Speer, Dönitz, Montgomery, Guderian, Kesselring, Manstein, Mellenthin, Skorzeny, Tedder o Westphal; las notas de Ciano, las conversaciones privadas de Hitler, los dietarios de las reuniones de guerra del *Führer*, las entrevistas e interrogatorios de Nuremberg; numerosos estudios sobre el III Reich; biografías de protagonistas; monografías sobre acontecimientos o batallas; sólidas historias generales sobre la guerra y crónicas de prensa ejemplares.

Escrito con tono ameno y ágil acento periodístico, *La caída de los dioses* llega con facilidad y sin perder rigor al gran público, aportándole, uno a uno, los errores estratégicos que llevaron a Alemania a perder la guerra que Hitler tenía ganada en junio de 1940. Sin embargo, cuatro años después, en 1944, el *Führer* lo había perdido casi todo.

El prestigioso historiador militar de la Segunda Guerra Mundial, general Eddy Bauer, dice refiriéndose a Hitler que durante la guerra «No había aprendido nada; pero lo había olvidado todo». «En efecto —comenta David Solar—, es difícil hallar en una

mente humana semejante reiteración de los mismos errores».

Verdadero nido de víboras

Simon Sebag Montefiore, que ha tenido acceso a los archivos de Stalin y de sus colaboradores abiertos recientemente, nos descubre un Stalin inusual, sorprendente; un personaje menos enigmático, más íntimo, no menos brutal pero más humano. «Lo que yo perseguía —dice Sebag— era sencillamente escribir un retrato de Stalin, de sus veinte máximos jefes y de sus familias, mostrar cómo gobernaron y cómo vivieron en la singular cultura de sus años de poder supremo». No ha pretendido, pues, hacer una historia de la política interna o externa del máximo dictador soviético, de sus campañas militares, de su juventud y de su lucha con Trotski. Ésta es una crónica de lo que fue su corte desde su proclamación como «caudillo» en 1929 hasta su muerte. Es una biografía de sus cortesanos, un estudio de alta política y de poder y costumbres informales. En cierto modo es una biografía del propio Stalin a través de las relaciones que mantuvo con sus jefes, ya que él nunca desaparece de escena.

Este libro es una epopeya de miedos y traiciones; historia de unas vidas en las que se mezclaban

el amor familiar y la brutalidad asesina. El «padrecito» cultivaba el peligroso juego del poder con sus cortesanos durante las cenas y los bailes que tenían lugar en las impresionantes villas del Mar Negro y en los enormes apartamentos del Kremlin: un mundo secreto pero extrañamente cálido, poblado por asesinos, fanáticos, degenerados y aventureros. Desde el enano bisexual Yezhov hasta el depravado Beria, cada uno representaba un papel para el que era su jefe supremo: Molotov, el de necio; Kaganovich, el de bruto; Voroshilov, el de gracioso estúpido; Zhdanov, el de presuntuoso... Todos caminaban sobre el filo de la navaja, matando para sobrevivir, durmiendo con una pistola bajo la almohada; dejando morir a sus mujeres por capricho de Stalin o permitiendo que sus hijos vivieran según un código de mentiras. Para Sebag, su personaje fue su propia creación. Un hombre que se inventa su apellido, su cumpleaños, su nacionalidad, su educación y todo su pasado, con el fin de cambiar la historia y desempeñar el papel de líder, es de suponer que acabe en una institución mental, a menos que, por propia decisión, por suerte y por habilidad, aproveche el movimiento y la ocasión capaces de dar la vuelta al orden natural de las cosas. «Stalin fue así —afirma el autor del libro que comentamos—.

Ese movimiento fue el Partido Bolchevique; y la ocasión, la decadencia de la monarquía rusa».

A la muerte de Stalin, se puso de moda verlo como una aberración, pero semejante tendencia suponía una forma de rescribir la historia tan burda como la que acostumbró a utilizar él mismo. Sebag Montefiore demuestra que el éxito de Stalin no fue una casualidad; que ningún ser vivo estuvo más capacitado que él para las intrigas conspiratorias, las claves teóricas, el dogmatismo sanguinario y la rigidez inhumana del partido de Lenin; que resulta difícil encontrar una síntesis mejor entre un individuo y un movimiento que ese matrimonio existente entre su personaje y el bolchevismo: Stalin era un espejo de las virtudes y las carencias del movimiento.

El cometido de Sebag ha consistido en ir más allá de las explicaciones tradicionales que presentaban al dictador soviético como un «enigma», un «loco», o un «genio satánico», y a sus camaradas como a «hombres sin biografía», sombríos sicofantas bigotudos en fotografías en blanco y negro. Aprovechando el arsenal de nuevos documentos y libros de memorias inéditos, entrevistas realizadas por el propio autor y otros materiales ya perfectamente conocidos, el «zar rojo» se hace más comprensible e íntimo, aunque no por eso menos repelente. El

hecho de situarle a él y a sus oligarcas en el contexto bolchevique que los caracterizaría como miembros de una «orden religioso-militar de cruzados» explica buena parte de lo inexplicable. Stalin fue a todas luces un caso singular, pero muchas de sus teorías y muchos de sus rasgos característicos, como la utilización de la muerte como instrumento político, y desde luego su paranoia, eran compartidos por sus camaradas. Fue un hombre de su tiempo, lo mismo que sus jefes, y todos fueron fieles a la fe cuasi-religiosa del bolchevismo.

La corte del zar rojo pone a nuestro alcance un interesantísimo retrato íntimo de la vida diaria en el Kremlin staliniano. Una narración absorbente, de casi mil páginas, que cala hondo en la existencia del dictador ruso y en la de todo su séquito.

Isabel de Armas

Una biografía de Valls Taberner*

«Penso en un Ferran Valls i Taberner, que dirigía l'Arxiu de la

* *José María Mas Solench, Fernando Valls Taberner. Una vida entre la historia y la política, Barcelona, Editorial Planeta, 2004, 307 pp.*